

# LUJURIA DE DOLOR

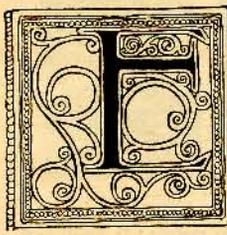
POEMA

## MIGUEL DE UNAMUNO

PARA CARAS Y CARETAS

Caras y Caretas 14 V 1921

Buenos Aires (R.A.)



ESCRIBIMOS estas líneas en días de trágica congoja para nuestra patria, cuando los rencores sociales desatados están ensangrentando las plazas y las calles de ella. Arrecian el vendaval y el terremoto, y va formándose en las gentes una especie de morbosa fantasía catastrófica que se complace en las truculencias. «¿Qué ocurrirá

mañana de terrible?» — se pregunta uno al acostarse, y al salir a la calle al día siguiente pregunta: «¿a quién le ha tocado hoy?»

¿Pesimismo? Llámelo como quieran. Nosotros le llamaríamos más bien disposición trágica del espíritu. Y hasta ganas de tragedia. Que llega a la voluptuosidad. Porque hay la voluptuosidad de la tragedia y la del dolor. Y hasta la vanidad de él.

Recordamos haber leído en alguno de los poemas de lord Byron que este grandísimo poeta y grandísimo orgulloso se jactaba de ser el hombre que más había sufrido, el que mayor capacidad para el dolor tenía. Y en otro poeta, apenas conocido fuera de su patria, en el portugués Antonio Nobre, que murió tísico después de haberse complacido en cantar, con tonos de un truculento realismo, su propia tisis, encontramos un pasaje en que dice: «Oh dolor! ¡oh dolor! ¡oh dolor! ¡Calla, oh Job, tus ayes — que los tiene mayores este hijo de mis padres! — ¡Oh Cristo! ¡calla los ayes en tu ignea garganta, — oh Cristo!, que otro dolor más alto se levanta». Y esta jactancia, que parecerá blasfemia a todo cristiano y vanidad... poética a todo el mundo no es sino imitación de los dos últimos versos de la estrofa 3.<sup>a</sup> del canto I de *Os Lusíadas*, de Camoens aquellos que dicen: «Cese todo lo que la musa antigua canta — que otro valor más alto se levanta».

Este culto, y, aun más que culto, este arregosto del dolor, este restregarse en él, esta especie de lujuria ascética es muy característica del espíritu portugués y no falta en el castellano. Lo encontramos a través de toda su literatura, una de las más pesimistas y quejumbrosas de toda la Europa occidental, y culmina acaso en lo que en el poema *Patria*, de Guerra Junqueiro, dice el loco — o *doido* — que representa al pueblo portugués, cuando invoca al dolor: «El dolor, el eterno dolor, he ahí mi gozo, el pan de mi banquete, ceniza obscura, mi vino jovial, hiel amarga». Y acaba: Oh Dolor, hija de Dios, madre del universo. Hija y madre, no hijo ni padre, porque en portugués dolor — *dor* — es femenino: la dolor. Y no deja de haber su significativo misterio en esto de que le hiciesen femenino, maternal, al dolor. Lo que nos recuerda a Nuestra Señora de los Dolores.

Cuando el cristianismo popular ha querido sublimar y como divinizar el Dolor, lo ha hecho en la Virgen María, en la Madre del Cristo y no en el Cristo mismo. Y cuando profanándolo se ha paganizado este senti-

miento se le ha mantenido en la misma categoría. ¿Qué amante de la literatura inglesa no conoce aquel terrible poema, de inspiración baudelairiana, del feroz paganizante que fué Algerson Charles Swinburne y que se llama *Dolores* — así, en español — a lo que se añade en francés: «Notre-Dame des sept douleurs»? Poema de un exquisito refinamiento en lo que podríamos llamar la lujuria del dolor. Ni Baudelaire ha llegado a eso.

Y ahora y aquí, ante lo que pasa, en éste que, Spengler llama el ocaso de la civilización occidental recordamos esa terrible disposición de espíritu. Acaso la enfermedad apetece, como decía Nietzsche, lo que la agrava.

Y no es sólo la fatídica apetencia de sufrir, sino que es la de hacer sufrir. Una trágica sed de sangre. Hay ya los *virtuosos* del homicidio. Las más truculentas ocurrencias de Tomás De Quincy en aquella ferocísima humorada que tituló: «Sobre el asesinato considerado como una de las bellas artes» se ven hoy puestas en práctica. A lo que concurre, como escuela, el cine. Hoy mismo hemos estado oyendo ponderar el arte, la *virtuosidad*, la técnica con que fué asesinado ayer en Madrid el Presidente del Consejo de Ministros de S. M. el Rey de España.

¿Pesimismo? Acaso no, sino perversión de las imaginaciones amamantadas en la gran guerra. Que para muchos ha sido una gran película que nos ha habituado a no dejarnos conmovier por nada.

Y esto a la vez está induciendo a la gente a vivir al día, en el presente, donjuanescamente, y no en el porvenir, no quiotoscamente. Porque la diferencia esencial entre Don Juan Tenorio y Don Quijote consiste en que aquél vivía al día, sin pensar en mañana, y diciendo: «si tan largo me lo fiáis...» mientras que a Don Quijote le preocupaba lo que habría de escribirse de él en los siglos venideros. Y la gente quiere vivir hoy al día, pero teniendo como alimento de la fantasía enferma el último crimen, la última batalla, el último terremoto. La gente se nutre de horrores. Hay un sadismo colectivo. Por lo menos aquí, donde escribimos.

Cuando se le pregunta a alguno: «¿qué tal va esto?» responde: «mal, muy mal, cada vez peor!» o bien: «esto no tiene remedio!» o: «hasta que llegue el estallido!» Y lo dicen con una especie de íntima satisfacción trágica y como Antonio Nobre pudo decir a Cristo que se callara pues se levantaba otro dolor más grande. «Esta sí que va a ser catástrofe! ¡dejará tamañita como una hormiga a cuantas se han sucedido en la historia... en fin, la fin del mundo!» Así nos decía un sujeto que parecía satisfecho de que le haya cabido en suerte asistir a la fin del mundo.

«Conque agonizando, eh?» cuentan que le dijo un baturreo a un amigo en trance de muerte y a quien fué a ver.

Y no crea el lector que exageramos, no. Hoy, 9 de marzo de 1921, tal es el trágico estado de ánimo colectivo aquí.

Incluido en 'Inquietudes y urdi-ti-ao usi.' [Caras y Caretas, Buenos Aires (R.A.) 14-V-1921]

